

VIAJE POR LA BIOSFERA

José Saramago, en *El cuento de la isla desconocida*, nos ofrece lo que en principio promete ser uno de los acostumbrados viajes que han poblado la historia de la conquista de este mundo: una azarosa travesía para hallar la última isla desconocida. En el sueño del viajero -al igual que en el sueño de un artista que quiere reconstruir el mundo-, el barco, cual Arca de Noé, se va llenando de animales y simientes que germinan a las primeras lluvias. Al final del libro, nos cuenta el autor:

Las raíces de los árboles están penetrando en el almacén del barco, no tardará mucho en que estas velas hinchadas dejen de ser necesarias, bastará que el viento sople en las copas y vaya encaminando la carabela a su destino. Es un bosque que navega y se balancea sobre las olas, un bosque en donde, sin saber cómo, comenzaron a cantar los pájaros, estarían escondidos por ahí y pronto decidieron salir a la luz, tal vez porque la cosecha ya esté madura y es la hora de la siega. (...) Después, apenas el sol acabó de nacer, el hombre y la mujer fueron a pintar en la proa del barco, de un lado y de otro, en blancas letras, el nombre que todavía le faltaba a la carabela. Hacia la hora del mediodía, con la marea, La Isla Desconocida se hizo por fin a la mar, a la búsqueda de sí misma.¹

Escasos de equipaje, lo justo para el viaje exterior e interior hermanados, lo mismo da disponer de un pequeño barco, un hatillo o los pinceles y las gubias del artista. Tan sólo algo que nos acompañe y nos permita realizar la inevitable aventura del descubrimiento. En la metáfora del cuento, el viaje es necesario para descubrir lo que ya existía, pero que no se desvelaba hasta que nuestra mirada se viera transformada, hasta embarcarnos en la pérdida de las seguridades, del pequeño círculo que nos arropa, de las rutinas de los días que se repiten. Para cambiar la mirada hemos de nutrirnos de otros mundos, también de otras islas, para redescubrir lo que ya teníamos en casa.

La idea del viaje fundamenta el cuento de Saramago, al igual que nutre la vida y el arte de Álvaro que, por cierto, vienen a ser lo mismo. No son viajes iniciáticos grandilocuentes: responden a la eterna búsqueda del que no se adapta ante un medio en desequilibrio; del que quiere contar o buscar otros mundos posibles, sencillos y honestos. No se trata, pues, de un viaje hacia una Arcadia imposible, es un ilusionado proyecto de construcción de un sueño cierto. Mirar la belleza del mundo empapándose de ella a través del viaje físico, en profunda unión con los pueblos, con su medio. Diversidad también en el modo de contarlos, en esculturas, collages, textos y pinturas. Defensa de la biodiversidad en su sentido más amplio: preservación de especies, paisajes y lenguas, de costumbres y personas. También el viaje como desasimiento de uno mismo y de nuestro entorno, como aprendizaje de pertenencia a la totalidad, transitando por nuestra casa común: la biosfera.

Sin verbalizarlo, sin que quede necesariamente registrado en algún escrito, cada época prima una forma de hacer arte o, incluso, una forma política o estéticamente correcta de tratar determinados temas. En nuestro oscuro tiempo, en el que la poderosa obediencia

¹ Saramago, J.: *El cuento de la isla desconocida*. Madrid, Alfaguara, 1998, pp. 47-49.

al consumo y a una tecnología mal enfocada encorsetan lo humano aparentando salir vencedores, en este tiempo que nos toca vivir parece que el juego, el azar y lo espontáneo, quedan relegados o condenados a la condición de los sueños imposibles.

Pero es precisamente el sueño el que nos salva. Para la reconstrucción continua de lo que ante nosotros se va destruyendo, no siempre es el hacer esforzado el que vence; también se hace imprescindible la pupila sensible a la luz y la sombra del mundo. El equilibrio reside en ese punto medio, tenso, entre dolor y esperanza, entre lucha y juego. La primera tarea del artista es la reconstrucción de mundos, de los mundos que deseáramos para vivir y ofrecer a los que queremos. No es tarea de niños, es obligación de lúcidos. Hacer arte, construir objetos con los restos de la materia que fue paisaje y vida. Dar forma a lo que amamos o deseamos con piedras, cortezas o imágenes, es contribuir a la recuperación de lo imprescindible. Dejemos ya este periodo tan destructivo del *homo faber*, para recuperar, poco a poco, al *homo ludens*, y juguemos con la materia que el mundo nos ofrece como el trabajo más importante al que podamos dedicarnos, con la creatividad, el corazón y las manos. Sólo un sueño libre de ataduras puede permitirle a Penone rescatar del interior de las vigas los árboles que fueron, resucitándolos del interior de la madera que parecía muerta. También Álvaro resucita la materia desde sus fragmentos dispersados, reaviva el follaje de troncos que fueron talados, y repuebla con plantas y árboles los edificios que nos contienen, al igual que enraizaban los árboles en la carabela de Saramago. Tienen sus dibujos la medida abarcable del pequeño planeta que soñó Saint-Exupéry en *El Principito*, y los posos de esperanza y libertad que nos legó el gran soñador Hundertwasser.

El mundo de Álvaro nos muestra un planeta que se nos ha quedado pequeño, donde urge recuperar con símbolos y objetos revividos el valor de aquello que llamamos naturaleza. El lugar común al que todos pertenecemos y en el que no podemos ser los unos sin los otros, ni los unos por encima del todo. Sobre lo impagable de esta naturaleza, sobre la importancia de los bosques y los ríos, Agustín García Calvo defiende en un memorable texto el valor del bosque de Valorio, cercano a su querida Zamora, que ya entonces era objetivo de especuladores:

*Ya de años atrás me acuerdo de que venía operando insidiosamente en torno a Valorio esa mentalidad de simio que ha aprendido a contar por los dedos y a reducir álamos, pinos, negrillos, resinas, violetas, rumor de agua, tierra negra, mirlos y oropéndolas y ranas y mariposas y lagartijas y todas las cosas sin cuento a la sola y vacía miseria del cómputo y de la abstracción: a trocar la riqueza material y palpable por las abstractas fantasías de la contabilidad y los proyectos (...). “Con Valorio no sabemos ni lo que tenemos. Lo que nos ofrecéis si que sabemos lo que es, y es por cierto bastante triste. Preferimos seguir no sabiendo lo que tenemos”.*²

Y en ello estamos, en el sinsentido del trueque de la belleza insustituible por el dinero, en el olvido imperdonable de que nunca llegaremos a saber el valor de lo que puebla azarosamente el mundo, porque no obedece a ninguna medida o cómputo humano.

² García Calvo, A.: “Carta al director de Radio Zamora.” *Actualidades*, Madrid, Lucina, 1980. pp. 241-248.

En el trabajo titánico de conservar el planeta no bastan sólo las voces de ecologistas, antiglobalizadores, científicos y filósofos. También el arte debe unirse a esta inaplazable tarea, desde lo mejor que sabe hacer: representar lo que hemos perdido y lo que podría ser; simbolizar lo importante, reordenar el mundo de manera que el cuerpo humano pueda fundirse en un abrazo con un árbol, y la casa del hombre sea el sustento del bosque que la culmina. Representar ajerárquicamente todos los actores de la comedia y el drama que somos: lo vegetal y lo animal, el cielo y los mares; lo humano y sus extensiones. La denuncia de la destrucción de la biosfera debe ser equilibrada con la mostración de la belleza que nos queda y, sobre todo, de todo lo que podemos recuperar. De todo lo que, con la paciencia del artesano, vamos restaurando: tierra que se descontamina de la química de los humanos, aves que se crían cuidadosamente para liberarlas al cielo, dibujos y esculturas de árboles que reviven. El reciclaje, la reutilización de los fragmentos de materia que el azar nos ofrece como regalo; un deshecho para crear nueva vida. Un arte que rebrota.

Y todo ello concebido para comunicar con sencillez en un mundo tan complejo, con la claridad y la frescura que permite llegar a muchos más de los que poblamos la reducida Familia del Arte. El deseo de comunicar lo importante no está reñido con la calidad de las obras. Recordemos a Neruda. Nunca un poeta ha luchado tanto con su poesía y con su vida, sin fronteras posibles entre la una y la otra; entre la palabra hermosa y el grito insumiso. Álvaro nos muestra un mundo que zozobra pero que se puede recuperar; un mundo que debe ser visto y asumido desde la responsabilidad de cada cual, sin que nos digan cómo hay que amarlo, usarlo o preservarlo. Encontramos también, rebuscando entre estas obras, el deseo de bajarnos del pedestal del antropocentrismo, descubriéndonos cercanos a los árboles y a las hierbas, partícipes del mismo destino que le esperan a las montañas y a los humedales. Nada seríamos sin ellos y a todos ellos les debemos el mismo respeto. ¿Qué menos que dedicar parte de nuestro tiempo y de nuestra forma de hacer y vivir a defender lo realmente importante, y a mostrárselo a otros?

Pero sobre todo, el hacedor de arte nos “acerca” lo que siente, lo que ama: convierte el sentimiento profundo en materia visible. Fragmentos encontrados de cortezas de árbol, retales de fotos de casas, chimeneas y humos; nubes que culminan sus edificios-maceta, repoblados en sus azoteas por nueva vida vegetal. El deseo hecho escultura o imagen: un tren de madera transportando hojas de árboles. Esculturas de animales –erizos, rinocerontes...- que reivindican su derecho a existir como arte, al igual que reclaman la inaplazable defensa de su permanencia física en el planeta. En este mundo que gira, nuestro lugar ya no es el centro, es el modesto nicho de la ventana de un árbol. El hueco maternal de una cueva de montaña, como regreso al útero primero, al magma común en el que todo y todos fuimos gestados.

La materia nos une, nos hace comprender y tomar partido, nos abre los ojos para la difícil tarea de afinar la mirada. El artista, como el cuentacuentos, nos avisa desde el corazón que no podemos subsistir sin bosques, sin ríos, que no podemos manchar las nubes blancas con nuestro humo negro. Todas las voces deben unirse en este tiempo del límite, en este tiempo urgente, donde vamos quemando sin darnos cuenta nuestra propia casa, la casa de todos, que nos fue dada gratuita.

José Albelda.